

Panegírico de Justino II

CORIPO

**Traducción: Ana
Ramírez Tirado**

LIBRO PRIMERO

*Presentación del asunto y mención de los personajes que encargaron al poeta
la obra*

Canto bajo buenos auspicios la grandeza del imperio, que fue obtenido sin hacer uso de violencia o de armas y no poseído por ambición. Aunque nadie podría enumerar por orden todos los ilustres recuerdos de sus piadosas hazañas, creo, no obstante, útil que los siervos adapten su espíritu fiel a sus señores, cualquiera que sea el cargo que desempeñen.

Yo ofrezco mi voz; vosotras, diosas, concededme las palabras; madre Vigilancia y Sabiduría, que, ostentando el poder supremo, das tu protección al universo, con vosotras me basta, a cambio de todas las Musas, para cantar mis versos; vosotras me descifraréis los secretos misterios. Y tú, Madre de Dios, tiéndeme tu santa diestra y ayúdame, te lo suplico. El asunto de mi empresa se me aparece inmenso y ofrezco mis brazos debilitados ante su peso. El cuestor Anastasio, parte ilustre del respetable senado, quien determina las costumbres, sacerdote de la justicia y de las leyes, me apremia, pues ama a sus soberanos, y me anima a emprender la composición del poema; al igual que Tomás, soporte de la vacilante tierra de Libia, a la que puso en pie, tras su caída, quien devolvió a los africanos la esperanza de vida, acordó la paz y puso fin a la guerra sin violencia, venciendo con sus consejos a quienes nadie había vencido mediante las armas. Y Magno, noble por sus méritos y su nombre, al que aprecian sus soberanos por su inteligencia y se ocupa de las

cuentas sagradas y ejerce su control escrupuloso sobre los dirigentes del imperio latino; me amparan, por una parte, Teodoro, sucesor y gloria renacida del buen Pedro, jefe de la guardia imperial con la dignidad propia de su padre, por otra, Demetrio que trata los secretos del sagrado palacio.

Aparición en sueños

de la Virgen ante Justino para comunicarle que es el heredero de Justiniano

El sueño oprimió sus humedecidos ojos. Creo que este sopor se apoderó de él, no sin la voluntad de la Suprema Divinidad: el sueño le había sobrevenido para mostrarle las señales de los bienes venideros y descifrarle los misterios de los hechos ocurridos. Apenas había ofrecido un completo reposo a sus vencidos miembros, cuando, descendiendo de las alturas celestiales, la Virgen, de aspecto benévolo y con paso alegre y pudoroso, con un velo que cubría su resplandeciente, cabellera, con la mirada llena de bondad -según mostraban las señales, era la imagen de la sagrada Piedad- se detuvo ante sus divinos pies y lo coronó con su diestra, ciñendo la sagrada diadema sobre su cabeza; y, mientras lo rodeaba delicadamente con el manto imperial, le dijo: «Tú mereces esta indumentaria, el más noble de los monarcas, príncipe que en todos suscita al mismo tiempo miedo y amor, querido por Dios poderoso, divina descendencia. He aquí que, llena de gozo, me anticipo a tu buena fortuna y me presento ante ti, afortunada mensajera de los acontecimientos: esta noche bienhechora nos ha arrebatado a tu padre. ¡Levántate, valeroso príncipe! Te está esperando el día, Justino; tú eres el siguiente heredero, a ti te adornó el Padre Todopoderoso con honor divino, a ti te confirmó tu tío como soberano de la sagrada corte. ¿Por qué derramas lágrimas ante los acontecimientos? ¿Por qué te hace llorar una alegría? ¡Abandona la tristeza! Tu padre está vivo, vive en el cielo y goza de mejor vida. Sucédele en su tarea y acepta la penosa labor de gobernar el imperio.

Tienes valor y energía, una edad conveniente, prudencia en tus decisiones, firmeza de carácter, una voluntad augusta, vigilancia, protectora del imperio y sabiduría que es digna del cielo y gobierna el ancho mundo. ¡No consideres vanas estas palabras o fingidas por el sueño! ¡Apresúrate! Te hablo con certeza: el mundo entero te servirá, lleno de admiración ante las nobles hazañas de tus virtudes. Y cualquier enemigo de vuestra corte caerá por su

propio peso y la espada justa de las leyes se abatirá sobre los malvados. Las guerras con los bárbaros engrandecerán la gloria romana y caerán a vuestras plantas reinos poderosísimos. Aquí están los nobles llamando a los umbrales de tu puerta para rogar a Justino y Sofía que sucedan a su padre». Esto dijo la Virgen y, cuando el plácido sueño abandonó los ojos de Justino, volando se confundió con la serena brisa.

El eunuco Calinico acompañado del senado acude a ver a Justino

Y ya un numeroso grupo, impulsado por una impresión repentina, golpeaba el umbral que había sido protegido por cadenas allí extendidas.

Ante el escándalo, el guardián que se encargaba de proteger la puerta, dijo así encolerizado: « ¿Quién es el imprudente que se atreve a interrumpir el plácido sueño de los soberanos cuando las altas horas de la noche obligan al agradable descanso y el sueño es muy grato a todos los miembros?». «Si aún conservas la fiel solicitud para con tus soberanos, levántate (rápidamente)», le contestó Calinico. En cuanto reconoció su voz, anunció a su señor que Calinico estaba en la puerta, con cuyo nombre, recibió Justino un auspicio favorable. Ése fue el primer indicio de prosperidad y ventura que devolvió épocas dichosas a un mundo extenuado, porque entonces, por primera vez, la Buena Victoria vino hasta su puerta para conducir a los soberanos del mundo al augusto palacio. Fue un destino favorable el que te otorgó este nombre, Calinico, gracias a tus méritos, insigne varón. Y designado como instrumento de tan importante resolución, aunque Dios lo haya realizado todo, tú también, porque al haber vivido y seguir viviendo junto a tus señores con tal lealtad, recibirás a cambio de tu solicitud, prestigio, gloria y celebridad imperecederos. La voluntad divina se llevó a cabo sin el menor retraso: inmediatamente, por orden de su amo, el portero, tras descorrer los pestillos, abrió la enorme puerta de goznes rechinantes. La aparición, que había alejado de su pecho el agradable sueño, ya había puesto al corriente a Justino; profundas preocupaciones conmovían su piadoso corazón. Una vez abiertas las anchas puertas, el senado penetró en el amplio atrio y bajo el dorado techo emprendió el camino, presuroso, precedido de un palaciego.

Digresión sobre el palacio de Justino

La residencia privada se encuentra en la parte superior del edificio; irradia su propia luz, como abierta, sin límites, al cielo, radiante con el distinguido brillo de un resplandeciente metal. Si me es lícito decirlo, el palacio no necesita de rutilante sol, sino que debe ser llamado «el palacio del sol», de vista muy agradable y con un paisaje digno de admiración: una parte mira al inmenso mar, la otra parte se orienta hacia el puerto, el puerto al que rodean los brazos de dos orillas, con cuyas murallas levantadas resisten a los vientos desatados y ofrecen un mar en calma para fondear; con su protección de mármol refrenan la agitación del oleaje e impiden con su estrecha entrada el vaivén de las olas. El lugar agradaba a los emperadores y desde allí solían contemplar el mar de olas errantes y las curvadas naves que transportaban todas las mercancías de ambos mundos. En este momento, tras levantarse con premura del elevado lecho, el emperador electo se sentó en un lugar retirado y contaba a su querida esposa la aparición que se le había presentado.

Justino y Sofía reciben a los senadores. Calinico anuncia la muerte de Justiniano

Mientras habla y sopesa estas preocupaciones con su piadosa esposa, los senadores franquean el sagrado umbral con expresión de desaliento. Su actitud reflejaba la desgracia con claros indicios. Al punto se levantaron los emperadores y, dejando la conversación en su retiro, se acercaron al centro de la estancia. «¿Qué venís a anunciarme, amigos? ¿Por qué estáis tristes?», les preguntó Justino. «¿Ha muerto el insigne padre del orbe o está vivo?». En ese momento el palacio prorrumpió en grandes sollozos. Calinico acalló los gemidos con un dedo sobre sus labios e hizo el silencio con su diestra: del mismo modo que un río al desbordarse irrumpe en los anchos campos, inundándolos; si entonces el precavido campesino encauza las desbordadas aguas con diques de contención, la corriente retrocede hasta su origen, las aguas precipitadas quedan frenadas, toda la fuerza del río se retira y disminuyen los riachuelos que había absorbido la porosa arena. «El imperio romano, en vida de tu padre, fue engrandecido con vuestros consejos y desvelos: es cosa sabida por el pueblo y nosotros lo reconocemos con él. Y ¿quién no había pronosticado que tú, Justino, de augusto linaje, serías digno de ser emperador, que tú serías soberano de la sagrada corte, cuando

reinabas en el divino palacio de tu noble padre, mostrándote semejante en tu interés, sólo distinto por la corona? Según la jerarquía, eras llamado curopalates, pero por una disposición del emperador habías sido nombrado César. Y aunque ostentara el poder el anciano, aún robusto, bajo tu control estaban los intereses del imperio que gobernabas con tu influyente decisión. Nada realizó Justiniano sin tu colaboración, ya emprendiera con nobleza esforzadas guerras, ya estableciera, como vencedor, tratados de paz con los vencidos. Ahora tu mismo padre, gozoso y lleno de vida se encaminó hacia el imperio celestial mediante una muerte afortunada, designándote a ti como su sucesor. Asímelo con alegría: tu tío ha entregado bajo tu autoridad el universo que él gobernó. Aquel venerable varón pensó en ti, no como pariente, sino como hijo. Las leyes te solicitan, la corte te apoya. Tú eres la gloria, el resplandor y la virtud del imperio latino. En ti está nuestra salvación, en ti renace toda nuestra esperanza. Haz esta concesión a los tuyos, te lo suplicamos, sucede a tu padre. No te retrases, acepta el don de Dios, haz uso del cetro paterno y recibe el nombre de Augusto que aún no tenías».

Justiniano rechaza el poder («recusatio imperii»)

Con tales palabras el fiel Calinico dirigía súplicas a sus sagrados oídos, mientras exhortaba y apremiaba a los soberanos del imperio, vacilantes, y el senado, expresando su acuerdo, adoraba una y otra vez a sus monarcas y, de rodillas en actitud de súplica, besaba con insistencia sus divinos pies y en silencio confirmaba las palabras que había pronunciado su compañero.

En cambio Justiniano, emocionado por el destino de su difunto padre, rechazaba el poder sollozando y regaba sus mejillas con una copiosa lluvia y su rostro y sus vestiduras estaban empapados: tan grande era su amor por el anciano. « ¡Ya basta!», les dijo. «Me exigís una empresa difícil y en vano me apremiáis, amigos. Pues, ¿he de adornar mi cabeza ciñendo la corona cuando Justiniano debe estar triste? El universo desea llorar; el Estado y el mundo entero pierden a un padre, no a un monarca. Pues ¿a quién no sostuvo, favoreció, aconsejó, alimentó y amó con bondadosa compasión? Y, sin embargo, muchos hubo que pretendieron dañarle en su inocencia. La función imperial no carece de envidia. Iré entristecido a los funerales de mi padre. Rechazo las insignias imperiales».

Súplicas de los senadores. Aceptación de Justino, que se encamina al palacio imperial

Todo el grupo, postrado y tendido ante sus pies, mientras así hablaba, dice al unísono: «Ten piedad, compadécete, santo varón, de quienes te suplican, ven a socorrernos en la adversidad. Pronto verás con la llegada del día que todo se habrá perdido, si el pueblo llega a percibir el vacío de poder, ante la pérdida del emperador. Por mucho que te conmueva el afecto por tu buen padre, que no sea el amor a la patria menor que el de tu progenitor. Tu mismo tío, moribundo, te ordenó con sus propias palabras que fueras tú quien conservara el cetro. Mira cuánta fue la previsión y solicitud del anciano para con nuestra ciudad y el mundo entero. En tu favor hizo Dios todo lo que quiso que fuera realizado. Sube al trono paterno, príncipe valerosísimo, y gobierna el mundo que a ti se somete. Una edad de oro verá la luz durante vuestro reinado y no parecerá que el palacio romano ha cambiado de soberanos». Conmovido por estas palabras, cedió al cabo Justino. Se dirige a la mansión imperial acompañado por los sumisos senadores. Tras él va su queridísima esposa, que marchaba entonces sin el acompañamiento de la acostumbrada escolta. Avanzan a media noche por la ciudad tranquila con expresión poco alegre, aunque se encaminaban al gobierno del imperio con el regocijo del senado, aunque era evidente que todo estaba bajo control, pues el dolor por su padre aún anidaba en sus divinas almas. Ante sus piadosos ojos se aparece su serena imagen que llena de inspiración su pensamiento y, al permanecer por entero en lo más profundo de ambos corazones, colma de divinidad sus piadosos espíritus.

La guardia imperial acepta y protege al nuevo emperador

Nada más tocar el umbral del palacio imperial con su sagrado pie, retumbó en todos los techos el canto de los gallos. Las aves fueron las primeras en percibir el [mal de la noche, auguraron un día de júbilo y ofrecieron su aclamación con un insistente batir de alas y agudo canto.

Los centinelas que protegen el palacio imperial son los primeros en desear, a la entrada de los soberanos, un próspero reinado y rodean todos los accesos con soldados armados para que ningún enemigo se atreva a acercarse a la augusta morada con malas intenciones: tan grande fue la lealtad y precaución de los soldados y la solícita astucia de los fieles senadores. Pero ¿quién intentaría impedirlo, cuando Dios ya había anunciado por su santa boca que el imperio sería concedido a Justino y a Sofía y había rodeado todo el palacio de una imponente muralla y de escuadrones celestiales?

El precavido Tiberio, tras tomar las disposiciones necesarias, protegió el palacio, siempre con la mayor preocupación de ser útil a su señor; pues a él educó el mayor y común bienhechor del orbe. Habiéndolo elegido desde los primeros años de su niñez, lo retiró del seno materno y, como un padre a su hijo lo alimentó, lo rodeó de atenciones y lo amó y cuando se hizo hombre, poco a poco lo guió hacia las más altas funciones. Por eso es por lo que el joven pone todo su empeño en favor de los soberanos del imperio y no duda en arriesgar su alma y su vida; permanece vigilante y manifiesta su lealtad, lo que le valió el más sincero aprecio de su soberano. Él apremiaba a los fieles sirvientes, exhortándoles con discretas consideraciones a apresurar el próspero advenimiento de un reinado felizmente reconocido y les ordena que todo esté dispuesto.

Justiniano yace muerto en el palacio imperial

Mientras tanto, el cuerpo del emperador yacía sobre un elevado féretro de oro ante el llanto de una muchedumbre de sirvientes cuyos rostros regaba de lágrimas un justo pesar. Como un árbol en mitad de la campiña, en extremo agradable para las aves, que cae abatido por los años, pero aún, conserva su antigua fuerza en sus frondosas hojas y, tendido sobre su tronco, extiende por el ancho suelo sus debilitadas ramas; y a su alrededor revolotean y en él se posan quejumbrosas aves que con tristeza se lamentan de que haya caído su antigua vivienda y deciden buscar otro árbol para sus nuevos nidos: de este modo conservaba Justiniano ras últimas improntas de su vida, sin que la muerte mudara su color, sino que resplandecía con su habitual destello.

Su venerable muerte manifestó con claros indicios su victoria sobre el mundo; sólo él, entre todos los que lloraban, parecía alegrarse con piadosa expresión, engalanado con la corona y tendido, con un vestido de púrpura, de tal forma que se podría creer que su cuerpo descansaba en el sueño, no en la muerte despiadada. Y no injustamente, creo, pues ¿iba a estar él, al morir, tan dichoso y con semblante tan lleno de bondad, si su alma, consciente del bien que llevó a cabo, no hubiera abandonado sus tranquilos miembros, volando hacia el cielo y no hubiera afianzado el imperio tras confirmar a un heredero?

Lamentos de Justino y Sofía ante el cadáver

Cuando acudió allí el noble Justino con su sagrada esposa, poniendo sus amorosos brazos en torno al cuerpo sin vida, así habló sollozando: «Luz de la ciudad y del universo, padre Justiniano, ¿abandonas tu amada corte y dejas a tus allegados, a tus sirvientes y a tantos súbditos? ¿Menosprecias la tierra? ¿No velas por el mundo extenuado? Aquí tienes a los ávares, a los amenazadores francos, a los gépides, a los getas y a tantas otras naciones que, tras poner en movimiento sus enseñas, provocan guerras por doquier. ¿Con qué empuje vamos a vencer a tantos enemigos si tú, firmeza de Roma, estás muerto?». Estas palabras pronunciaba Justino, derramando lágrimas por amor a su padre, pues ya inundaba todo su corazón la inquietud ante la guerra. Al instante se prepararon los estandartes, los capitanes, la flota, las líneas de batalla, los ejércitos y las armas, siendo todo dispuesto con una nueva resolución y preparado en silencio. Ante una señal de Justino tiemblan los pueblos y los reinos; todo lo aterroriza su fuerza inquebrantable. La naturaleza dio entonces a conocer su piedad y la condición de la carne, que nadie es capaz de evitar, pues es igual a todos los mortales, acrecentó el justo dolor en su divino corazón. Y en esos momentos es cuando se debe alabar y por siempre cantar la piedad de Justino. Decidme, ¿qué hombre podría llorar con lágrimas tan amargas la muerte de un anciano, al ser él sucesor y heredero del imperio? Justino ejerce el poder y sufre, sin embargo. Hubiera preferido prolongar el reinado de su padre a acceder al trono imperial y empuñar el cetro.

Descripción del sudario de Justiniano

Y no menos lloraba al padre amado la ilustre consorte del imperio y compasiva deploraba el destino de los hombres. Añade a los funerales paternos más ofrendas que las habituales y dispone que avance la comitiva apretada en apiñadas filas. Le ofreció además una túnica recubierta de valiosa púrpura, donde se representó, resplandeciente de piedras preciosas y bordada con oro la serie completa de las hazañas de Justiniano. Allí el bordador con fina aguja y arte excepcional había dado vida, siguiendo un orden, a las falanges de bárbaros con el cuello doblegado, a los reyes aniquilados y a los pueblos sometidos. Y había realzado el amarillo oro con respecto a los otros colores, de tal modo que todo aquél que los contemplara los considerara cuerpos auténticos: de oro estaban pintadas las figuras, de púrpura la sangre. y había representado en el centro del palacio a Justiniano vencedor, pisando el feroz cuello del tirano vándalo y a Libia que aplaudía, enarbolando mieses y laurel. Añadió a la antigua Roma que extendía sus brazos con un seno desnudo en su pecho descubierto, nodriza del imperio y madre de la libertad. La diligente Sofía ordenó que esto sea realizara para que la hora fatal condujera hasta su augusta morada al regio cadáver, engalanado con sus propios triunfos.

La Fama da a conocer la muerte de Justiniano y la subida al trono de Justino

Mientras los sirvientes se aprestan a cumplir las piadosas órdenes y preparan el féretro, surgió un enorme griterío, prorrumpieron en aplausos y aclamaciones de alegría y se alzó un clamor desde las profundidades de la tierra hasta el alto cielo y la paz bienhechora fue del agrado del juicioso pueblo. Alegre, batiendo sus alas a través de la augusta ciudad va volando la Fama y despierta inesperadamente del sueño profundo a sus habitantes; tocando a las puertas y golpeando los umbrales, multiplica sus lenguas, afortunada mensajera. El Sueño huyó ante su venida y con él arrastró a la Pereza que, al ser derribada, abandonó por entero la ciudad. Suspendida en el aire, la Fama protectora apremia, chasqueando los dedos con frecuencia, a la población que se retrasa. «¡Levantaos, levantaos!», exclama, reprobando el retraso y cuenta que el palacio está lleno de nobles en asamblea para determinar, cuando la noche llegue a su fin, el nombre del elegido que desempeñará la función del anciano muerto. La Fama empuja, excita, golpea

los miembros, acosa, apremia. La población se apresura, vacía las casas y alegre va corriendo por todos los barrios. Se originan los primeros rumores, aún poco claros a causa del miedo y todos los ciudadanos, saliéndose al encuentro, se preguntan unos a otros y lentamente se difunde la noticia entre la multitud.

Explicación sobre el circo y su simbolismo

Los antiguos senadores dedicaron los gratos espectáculos del circo en honor del sol nuevo; pues creían, según una cierta teoría de los hechos, que eran cuatro los caballos del Sol, que representaban las cuatro estaciones del año entero. Siguiendo esta representación, con signos, números y música, establecieron el mismo número de aurigas que de colores y formaron dos equipos con aficiones opuestas como lo son los rigores del invierno a los calores estivales. Pues el verde florece como el campo del mismo color que la hierba, en primavera o el olivo de espesa copa o todo bosque en su magnificencia. El rojo resplandece con el manto purpúreo del verano, así como algunos frutos enrojecen con su resplandeciente color; el azul del otoño, rico en el color del hierro y de la púrpura, distingue a las uvas y olivas maduras. El color blanco, semejante a la nieve en su blancura y a la escarcha del invierno, se une al verde como compañero. El propio circo, que es inmenso como el círculo del año completo, se cierra en un óvalo de largas curvas que abarca dos metas situadas a la misma distancia y la zona de la arena en el centro por la que se abre camino la pista.

¿(Para qué) contar que fue (Tróquil el primero en uncir cuadrigas y pertrechar nuevos carro Y que a continuación vino Pélope a causar la muerte de su suegro? El yerno fue considerado más aventajado por su técnica y estuvo mejor sujeto gracias al amor de su futura esposa.

Nuestros primeros antepasados no realizaban, este rito según las reglas, pues pensaban de forma equivocada que el sol era dios. Pero cuando el creador del sol quiso mostrarse a plena luz y, siendo de naturaleza divina, se encarnó en una virgen, se retiró entonces al sol ese favor y su honor y gracia se otorgó a los emperadores latinos y los gratos placeres del circo a la nueva Roma.

Aclamación popular a Justino

Allí estaba la población en pleno: niños, jóvenes y ancianos, la multitud aplaude, tenían todos una sola voz, un mismo espíritu; un solo nombre es grato a todos. Como cuando el ave Fénix renueva sus miembros que ella ha abandonado, al renacer de sus propias cenizas, mientras una asamblea armoniosa de aves permanece unida contemplando al sol y al ave del sol, hasta que ésta se presenta y acogen al nuevo soberano con aclamaciones: así, el esplendor del imperio, al renacer así la santa iota, se alzó de su propia muerte para renovar su vejez y el emperador Justiniano vive en el príncipe Justino de nombre erguido. Así el pueblo, que acude por doquier con el regocijo de las aves, por amor a su soberano, clama: «¡Vence, Justino!». Aumenta el enorme griterío y el luto se aleja del palacio imperial ante la llegada de la nueva alegría. El clamor provoca la exaltación de la multitud; todos los elementos ofrecen su favor a Justino, la alegría es general. Todos los dignatarios acuden atraídos por el clamoreo, el sagrado palacio se llena de luz. Es más, se podría creer que incluso el mismo cuerpo sin vida del emperador, a quien la muerte había dado una apariencia angelical, se regocijaba. Dios proporcionó claros indicios y demostró que había sido Él mismo quien puso sobre la cabeza de Justino la deslumbrante corona del imperio.